

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

ES.

La Novela Semanal Cinematográfica



**LOS DOS
AMORES**

POP

Natalia Lissetko
Jean Angelo
Pierre Batcheff
etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LOS DOS AMORES

Interesante cine-drama, según un argumento de *Marie-Antoine Epstein*, magistralmente interpretado por los geniales artistas:

Natalia Lisenko, Jean Angelo, Camille Bardou y Pierre Batcheff, entre otros.



Superproducción de los Films ALBATROS

EXCLUSIVA DE

PRINCIPE FILMS, Sdad. Ltda.

SAN SEBASTIAN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

FILMS PIÑOT

Calle Valenciana, 228 - BARCELONA

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

L. Huetz, impresor - Barcelona

LOS DOS AMORES

Argumento de la película

La gloria y la deshonra

El período de más animación de la temporada estival en Saint-Blaise-de-la-Mer, estaba en su apogeo...

Gozando del encanto de su playa magnífica, de sus alrededores pintorescos, de sus jardines verdaderamente maravillosos, había-se reunido en aquel delicioso pueblecillo, la

gente más selecta de las ciudades comarcanas.

El propulsor bendito de la Caridad había congregado en el casino aquella noche, en fiesta brillante, a toda la colonia veraniega, y bajo los rostros de las damas, en los que quería aparecer la admiración y el beneplácito, estaban avizores las tijeras del comadreo, que a veces dirigían sus puntas aceradas a través del varillaje de los abanicos...

Iban esas críticas encubiertas y rastreras hacia una dama a la que no se atrevían a censurar abiertamente...

Por los pobres y para los pobres, cantaba en esta velada Laura Maresco, la bella condesa, tan admirada y tan envidiada en el mundo de los salones...

Su voz cristalina, de cálidos matices, de entonaciones tiernas que llevaban el escalofrío del entusiasmo a los oyentes, vibraba en el amplio salón envuelta en lágrimas, con temores sinceros, como la voz de un alma torturada, que supo del dolor de la vida, del sabor acre de los sufrimientos, de los desgarrones en los zarzales del mundo, y había en sus ojos impresa, como formando parte de ellos, una infinita tristeza engarzada en el terciopelo de sus negras pupilas soñadoras...

Y como aquella mujer divina cantaba más como desahogo de su pecho enfermo, como

un pobre más a quien debía socorrerse, la emoción ganaba a los espectadores, a los oyentes, y no era extraño que las ovaciones con que se premiaba su trabajo reflejasen algo más que el entusiasmo convencional, por muy caritativo que quiera aparecer...

Entre los concurrentes, alguien miraba de un modo especial a la condesa: el opulento banquero barón de Decurgis, presidente del Comité de Fiestas. Aquel hombre sentía por Laura algo más que fervores de admiración... En sus ojos rapaces brillaba la pasión immoderada, ruin, malsana, y Laura era para él, gavilán de alto vuelo, la pobre paloma a la que quería sujetar bajo su garra potente y su pico de judío agorero...

En otra sala, no muy distante de la de fiestas, tenía lugar otro espectáculo sin ningún móvil humanitario, sin ninguna finalidad virtuosa... En la "sala del crimen" los eternos viciosos se entretenían en "tirar de la oreja a Jorge", según la frase vulgar, revolcando en el fango sus ambiciones malsanas propulsoras de la ruina, de la vergüenza, de la deshonra...

Y allí, en aquel tugurio aristocrático, Jaime Prémont-Solène, hijo del famoso industrial que dió nombre a una triunfadora marca de automóviles, ponía a una carta sus últimos francos...

En Jaime el juego era una verdadera obsesión, y dinero que caía en sus manos iba a fundirse en aquella fragua de misérrimas... Su situación era verdaderamente desesperada... De perder también aquella noche, de no recuperarse de pérdidas recientes, por un andaz golpe de suerte, no tenía más camino que la deshonra o la muerte...

Y como necesitaba ganar... perdió.

Tambaleándose como un beodo, con la estupidez clavada en el rostro, los ojos sin brillo, sin conciencia de sus actos, llegó al salón de fiestas en el momento en que las manos de todos premiaban con un aplauso entusiasta y sincero el arte sublime de la extimia cantatriz...

Jaime no se encontraba a gusto allí... El tañeteo de las palmas sonaba en su cerebro como un martilleo endemoniado y la vista de aquella mujer, en tales momentos, tenía para él algo de apocalíptico...

Y atravesando sombrío entre las gentes alegres, huyó al jardín, hacia la noche negra como sus pensamientos sombríos, hacia el mar murmurante como su conciencia resabiada, que también tenía sus flujos y reflujos de bondad tardía y de fiebre maldita...

Y aquel hombre que arrostrara impávido la ruina, con la sonrisa en los labios para re-

presentar su papel ante el mundo traidor y mal nacido, al verse ahora a solas con sus faltas, lloró, colarile, y aún pensó en la muerte como único recurso salvador, como digno remate a una vida de vergüenzas y de crímenes...

En el salón había terminado la primera parte del programa... Laura dejaba el escenario entre los aplausos y los parabienes, nimbando su rostro hermoso la aureola de la gloria.

Y al entrar en el salón, cuando aun tenía una sonrisa en los labios, se encontró ante la realidad de su vida encarnada en el prosaico y tedioso barón de Decurgis que la decía, besándole la mano delicada, con su boca de nuerdo salvaje:

— ¡Que satisferlo estoy, mi encantadora amiga, de haber confiado a usted la organización de esta fiesta!

Y Laura pasó de largo, sin apenas mirar a aquel hombre, a quien temía, a quien odiaba...

¡Era otro quien la robaba todos los pensamientos en aquellos instantes, y, como tantas otras veces, *aquel* no estaba allí...! ¡Había...? ¡Sí, indudablemente, como ayer, como siempre...!

Y Laura tuvo un presentimiento y también ella, que se ahogaba en aquella atmósfera de ficciones, huyó del salón y salió al jardín en busca de aire puro y en busca de amor... am-

que aquel amor estuviese, como estaba, rodeado de espinas...

En un rincón, roto, deshecho, como un gui-



—¿Qué satisfecho estoy, mi encantadora amiga, de haber confiado a usted la organización de esta fiesta!

fiapo, estaba Jaime Prémont-Solène. Al verla llegar, ni aún fuerzas tuvo para levantarse. Fue ella la que se humilló ante él y al obser-

var su estado lastimoso le interrogó con ansia:

—¡Jaime! ¿Qué se pasa...?

Lloroso, lívido, con una angustia inefrita a flor de labio, el miserable murmuró como un soplo, mientras se abalanzaba a su regazo, como si quisiera perderse entre las sedas, entre los encajes...

—¡Sálvame, Laura, sálvame, por mi amor...!

—¡Cómo... otra vez... Jaime...!

Y avergonzado, sumiso, rendido, comprendiendo quizá, por primera vez en la vida, todo lo infinitamente cañalla de su actitud, balbució:

—Sí, he vuelto a jugar... ¡y he perdido todo, todo...! ¡Hasta los cuatrocientos mil francos de la caja de beneficencia... los que tenías en custodia...!

—Pero, ¿qué has hecho, desgraciado...? ¡Oh, Dios mío...!

Y en los ojos de la mártir había tanto horror y tanto duelo, que si en el pecho de aquel hombre hubiese habido un átomo de misericordia siquiera, mil vidas hubieran sido poco para ahorrar una sola de aquellas lágrimas...

—Te he deshonrado, Laura... pero no me faltará valor para un gesto digno. ¡Los miserables no debemos vivir...!

—No, Jaime! imploró la cuitada, acari-

ciando, convulsa, aquella cabeza adorada, suplicando como si hubiese sido ella la culpable, besando aquellas manos que habían rasgado de-



—¡Silencio, Laura, silencio por tu amor...!

liberadamente, cruelmente, friamente los velos de su honra. Lo que debes hacer es ausentarte por algún tiempo... irte con tu familia... Por mí no te inquietes; yo lo arreglaré todo... ¡Vete, Jaime! ¡Pero antes dime que no piensas morir... ¡Júramelo! ¡Es mi amor el que necesita de tu vida...!

Y la pobre Laura se retorció las manos con desesperación y besaba la cara de aquel hombre que tantas veces mintiera; sus manos que abrican la ciénaga donde se hundiera su vida, su alma, su porvenir...

Y se fué... Prometeró... Juró... ¡Cuanta eso tan poco...!

Al quedarse sola, pasado el arrebató pasional, se impuso la reflexión... Ella lo arreglaría todo... Pero, ¿cómo...?

Entre las manos prodigas de Jaime habíase deshecho la fortuna personal de Laura, sus joyas espléndidas... Las que hoy la adoraban, eran una imitación con que la condesa ocultaba al mundo su ruina.

Y ante el escándalo inminente de la pérdida de los fondos del Comité, confiados a su custodia, era tal la zozobra de la condesa, que no acudía a su mente atribulada ni una idea salvadora...

Mientras ocurría esta escena, el barón de Decargis, a quien hiriera en su orgullo el desprecio de la condesa, siguió a ésta con los ojos y la vió salir del jardín. Disimuladamente la espío y su escena con Jaime tuvo un testigo terrible...

Y cuando, dominándose para que el rostro no delatara la turbación del espíritu, volvió Laura al salón y se dirigió hacia donde se en-

contraba Decurgis, éste la recibió más que con frialdad, con grosería.

Laura sintió la injuria en el alma, pero en la situación en que se encontraba, se borraba la dignidad entre lágrimas y congojas y así, respirando violentamente, como si cada sílaba de aquellas palabras fuese una chispa de la hoguera en que se abrasaba su alma, murmuró al oído del barón:

—La verdad... barón... Tengo apuros económicos bastante graves... y me atrevo a solicitar el apoyo del amigo...

Decurgis la miró de arriba abajo con insolencia, y volviéndola la espalda con desdén contestó, con toda su grosería de usurero:

—Imposible complacerla, condessa... Y crea que lo pienso muy sinceramente.

Sin contestar, como una esfinge, automáticamente, sin brillo en los ojos, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como si ya el sentimiento de la vida la hubiese abandonado, salió Laura de aquel palacio en cuyos salones minutos antes una multitud entusiasta la colmaba de atenciones y alababa su belleza, su arte, su excelente corazón...

La amarga decepción había enterado de que las bellezas de la amistad terminan en la frontera del sacrificio...

II

¡Ladrona...!

Por la mañana, repetida en varios casos la negativa de Decurgis, toda esperanza había muerto en el corazón de Laura y yacía como una mártir sobre la pira santa del sacrificio, esperando el horror de la publicidad de su falta, cuando la anunciaron la visita de Decurgis.

¿A qué vendría aquel hombre? ¿Qué nueva injuria iba a escuchar de sus labios? Y sin embargo, no podía negarse a recibirle... Al fin y al cabo, era el presidente del Comité y ella la depositaria de los fondos sociales...

Y entró el barón, con la sonrisa en los labios de vampiro.

—Perdone mi visita a hora tan impropia, pero el Comité se reúne mañana por la tarde, y hemos de entregar cuentas, querida señora...

¡Entregar cuentas...! ¡Había llegado el momento terrible! ¿Qué hacer?

Laura sintió que todo rodaba en torno suyo y palidociendo intensamente se sintió desfallecer en un momento...

Trató el barón de acudir en su socorro, pero el contacto de su mano viscosa devolvió a la condessa toda su energía. Era preferible todo, hasta la vergüenza y la muerte, al contacto de aquel *bicho* repugnante...

Se irguió ante él y dirigiéndose a su "secrétaire", sacó un abultado sobre en el que guardaba todos los papeles importantes de aquella obra de Caridad.

—Aquí están los recibos, las facturas —dijo con voz metálica, alargándoselo al barón—. Debía haber en esta cuatrocientos mil francos... y no hay nada.

El barón creía haber oído mal y la miraba atónito, sin arrevetarse a creerla.

Cogió el sobre y lo registró, hoja por hoja, papel por papel... Y el almacenista de valores murmuró con voz rouca:

—¿Cómo! ¿Se los han robado a usted?

—Los he robado yo. He invertido esa suma en atenciones particulares.

Hablaba como por máquina, con voz monótona en la que ya no quedaban ni ira, ni miedo, ni dolor... Una voz fría, apagada, inexpressiva...

—¿Ahora me exhibe su petición de anoche...! Pero... ¿cómo, en tan poco tiempo, pudo usted gastar...?

Laura contestó con altanería esta vez:

—No continúe; sólo a un juez contestaría a esa pregunta!

El barón se paseaba por la estancia como un león enjaulado, dirigiendo furibundas miradas a aquella mujer que aun sabía humillarle desde el fondo del abismo.

Por fin algo se despertó en él y acercándose, rastroso, la dijo, incluso:

—Enojoso es, en verdad, este asunto, amiga mía... Pero para todo hay remedio... Si usted, conociendo mis sentimientos, consintiese...

¡Qué cínicismo! ¡Qué asco...! Ni le miro siquiera... Ver *aquello* era superior a su fuerza... Bastante hacía con oírlo...

Interpretando aquel silencio como una aquiescencia, Decingis añadió, atreviéndose a cogerla una mano:

—No me reproche nada, Laura. Usted sabe cuán apasionadamente la admiro. En fin, haré

por resolver el conflicto. No deje de asistir a la reunión del comité.

Y salió de la casa, creyendo que la angustia de aquella mujer la pondría en sus manos, como una cosa perdida...

Al revés de su hijo, el padre de Jaime, el afortunado constructor del automóvil Prémont-Solène, es un hombre que ha hecho de la pulcritud moral y material, norma de su vida...

Calcúlese su sorpresa primero y su indignación después, cuando aquella mañana, mientras está simultáneamente procediendo a su aseo personal y despachando los asuntos urgentes, uno de sus secretarios le lee el siguiente suelto periodístico:

UN ESCANDALO EN PERSPECTIVA

Los aficionados a abreviar en las fuentes de la pública murmuración, están de enhorabuena. Acaba de lanzarse el rumor de la filtración de una importante suma destinada a fines benéficos, asunto en el que juegan un nombre femenino, muy conocido en el gran mundo, y otro ya notorio en las esferas industriales: el de Prémont-Solène.

—¡Afrentoso, literalmente afrentoso! ¡Paca

eso di yo a mi hijo un nombre sin mancha? ¡Telegrafe a ese rufián ahora mismo!

Y ya se disponía el secretario a cumplir aquella orden draconiana, cuando apareció en la puerta un criado que, como si fuese una de las trompetas del juicio final, anunció en aquella hora trágica:

— Señor: su hijo que llega de Saint-Blaise desea ver a usted...

Los secretarios, el criado, que conocen la entereza y los arrebatos de su amo, salen asustados de la habitación, como los cadetes de la Gascuña al dejar solos a Cyrano y a Christian... y quedándose como aquellos tras de la puerta para no perder ripo de lo que va a pasar...

Jaime viene agotado y contrito... Su padre le saluda con ira.

— Esto ha acabado ya! ¿Lo oves bien? ¡No hay periódico que no nos humille con el relato de tu vergonzosa conducta!

— Tienes razón, padre mío. Yo sabré hacerme digno de ti, lo jur... Pero has de ayudarme por última vez... Se trata de una deuda sagrada...

— ¡Dinero? ¡Ni un solo franco esperes de mí! Bastante rocié he sido creyendo en tus anteriores promesas!

— ¡Pero, papá!

Saldrás para Nueva York en el primer

barco, con dos mil francos por mes. ¡Si quieres más, aprende a trabajar como tu padre...!

Sabia Jaime que era inútil insistir, y salió de la habitación con la cabeza gacha...



—Yo, como tesorera, debía tener esta cifra en depósito, y he hecho uso de ella... ¡la he robado!

Entretanto en el casino se renía la comisión de fiestas.

El barón Decurgis no había renunciado a Laura y esperaba que su conflicto la obligase a una claudicación... Así es que al llegar ésta y sentarse a su lado antes de empezar la sesión, la dijo en voz baja:

—Mis gestiones, querida condesa, no han tenido éxito... Pero usted sabe que le hasta decir una sola palabra para disponer de toda mi fortuna...

Laura no quiso oír más... Aquel hombre era un miserable y su ofrecimiento un asqueroso contrato de venta... Y levantándose, indignada, exclamó:

—¡Basta de comedia! Sepan ustedes que nuestra fiesta ha producido cuatrocientos mil francos. Yo, como tesorera, debía tener esta cifra en depósito... y he hecho uso de ella... ¡la he robado!

Y sin saludar a aquella gente, salió del casino y ganó su casa...

¡Cómo corraban las tijeras tras de ella aquella tarde...! De su honra ya no quedaba ni un miligramo sin pisotear por aquellas gentes que tanto la querían minutos antes...!

III

(Gratitud...)

Impresionado por la gallarda actitud de Laura y quizá aspirando a lograr por aquel acto de desprendimiento lo que la doblez no le diera, el barón de Decurgis había detenido los intentos de querrela del comité, pero la víctima de Jaime habíase recluso en su casa avergonzada, empobrecida, moral y materialmente...

Su fortuna había desaparecido, su posición social, también... Ella, que en realidad ningún delito cometiera, y si sólo incurrió en pecado de amor, se veía rechazada, perseguida por la sociedad como algo ruin, miserable, algo que manchaba...

Y al lado de su vieja sirviente que no la

abandonara en aquella borrasca incierta de su vida, pasaba los días entregada a sus tristes recuerdos, atenta sólo a un fin: a que se salvara Jaime...

¿Qué había sido de él...? Pasaban los días desde aquel triste recuerdo en que partiera de su lado dejándola la tristeza en el alma y la ruina por inseparable compañera, y Jaime no daba señales de vida...

¿Dónde estaba...? ¿Viviría...?

Por fin, aquella mañana en su nueva casita, de la que habían desaparecido todo aquel lujo y aquellas comodidades a que la acostumbraban desde la cuna, recibió carta del ausente...

Cómo palpitaba su corazón y temblaban sus manos al reconocer la letra del amado! Rasgó el sobre precipitadamente y leyó:

Julio 1904.

Querida Laura: Siguiendo tus consejos, me ausento por unos días. Nadie más que tú conoce mi delito, pero tampoco de nadie más que de ti podría esperar la generosa abnegación con que me ayudas a esquivar las sanciones de la ley. No lo olvidaré nunca.

Con toda gratitud.

Jaime.

La pobre Laura creyó morir al leer aquella carta fría, indiferente, que era el último golpe asestado a su fortaleza espiritual, a su pobre corazón enfermo. ¡Gratitud...! Era todo lo que tenía Jaime para la mujer sacrificada por su amor, para la que llevaba una vida de la vida de él en sus entrañas...

Porque la pobre mujer iba a ser madre y en su seno se agitaba ya el producto de aquel amor funesto que había destruído su vida toda... ¡Y en qué condiciones iba a venir aquel pobre ser al mundo! En el desamparo y en la miseria más espantosas...

Como una loca, salió Laura de la estancia... Se ahogaba... Necesitaba aire puro. Aquel golpe había sido demasiado fuerte para su alma destrozada ya por tantos días de lucha encarnizada con el destino...

Y vagó en la noche por los campos, insensible al frío y a los dolores físicos, y en su marcha, sin rumbo fijo, llegó hasta el mar y se encaminó a los acantilados a cuyos pies resonaban las aguas gangosas sus salmos trágicos...

Y en el rumor perenne de la olas, creía percibir una voz que la atrajera con promesas de paz y olvido eterno...

Pero, cuando ya el vértigo empezaba a hacer presa en ella y sus brazos se alzaban al

cielo como en una despedida suprema de todo lo que amó, otra voz gritó más fuerte en su alma: la del nuevo amor purísimo que ya sentía palpitar en su carne...

Y lentamente, olvidando su momentáneo renunciamiento a la vida, volvió sobre sus pasos, regresó al hogar triste, donde había de vivir en adelante con el recuerdo ingrato de la felicidad marchita para siempre...

Transcurrió un año sin noticias del ausente, y los pobres recursos de Laura se iban agotando en el cuidado de su hijo... El hambre había salido de su guarida y avanzaba hacia ella por el inmenso desierto de la vida...

Era necesario adoptar una determinación, sino por ella misma, por aquel angelito que ninguna culpa tenía de las monstruosidades de su padre.

Y accediendo a las súplicas de su anciana sirviente, reculó a un primo de ésta que era empresario de un *music-hall* famoso.

No se atrevía... Ciertamente tenía una voz pastosa y agradable, pero temía al fracaso...

La pobre mujer la animaba.

—No tenga miedo, señora. Mi primo ha oído

a usted cantar en el Casino, y él entiende de eso...

Y habló el empresario, y su voz despertó una esperanza en el corazón de Laura, aun cuando también habló por su boca la rapacidad...

—Desde luego, mi modesto negocio teatral no permite ofrecer grandes sueldos, pero usted hace su *début*, y después...

Aceptó... ¿Qué iba a hacer? Aquello era pan para su hijo, y aún más que llevar su nombre hacia el fango hubiera hecho por que no le faltase nada a aquel pedacito de carne rosa palpitante...

IV

De tal palo tal astilla

Han pasado veinte años... De Jaime, nada ha vuelto a saberse... Para Laura, como si se lo hubiese tragado la tierra... Nada había sabido de la decisión paterna y de la marcha en destierro del hijo pródigo a tierras americanas...

Y el tiempo, en su incesante caminar, ha hecho de Laura una afanada cantante de *music-hall*; y de Jaime, su hijo, un hombre...

El rudo trabajo, la risa mixtificada, cuando en el fondo del alma amida la angustia y tiene su solito el dolor, le han proporcionado un bienestar relativo; y aunque siempre puro en ella el sentimiento de la honradez y vive el recuer-

do de sus amores, Laura gana lo suficiente para ella y para su hijo...

Pero algo hay que motiva las maternales inquietudes... Jaime es apasionado, inconstante, impulsivo, como lo era el padre en su lejana juventud...

Ha heredado de él su temperamento vicioso, y la vida que podía ser un vergel para la mártir de amor, es un continuado calvario... Su alejamiento forzoso del hogar deja a Jaime en libertad para entregarse de lleno a todas las pasiones malas, y los disgustos continúan tejiendo su corona en torno a aquella frente que ya surcan las huellas de todos los sufrimientos...

Como todos los días, aquella mañana al acercarse al lecho de su hijo, sorprende en sus labios el soliloquio incoherente de la pesadilla...

La pobre madre se acerca cariñosa, y acariciando aquella cabecita loca pregunta, angustiada como antaño lo hiciera al otro:

¿Otra vez has jugado, hijo mío?

¡Sí, mamá...! — dice el suspiro de la voz doliente.

Y has perdido mucho, ¿verdad?...

Una cifra... un sollozo y otra vez sacrificada...

Y aquella lucha es eterna... No bastaron el

abandono y la afrenta del padre... El dolor ha de continuarse en aquel otro amor... hasta que se agoten las energías y se quiebre una



Como todos los días, al acercarse al lecho de su hijo...

vida y suene la hueca carcajada de la miseria satisfecha...

Aquella noche, cuando Laura se disponía a salir para el teatro, halló en el vestíbulo a su hijo... ¡Pero en qué estado!... Cefaludo... con

la locura impresa en el rostro... Los ojos exaltados, la boca fruncida, presa de la deses-



Aquella noche cuando Laura se disponía a salir para el teatro...

peración, con aquel gesto que también el otro tenía en sus momentos de diálogo con la conciencia.

En la cara de Laura no surgió la mueca de la sorpresa. ¡Aquello era para ella lo eterno! Y así, acercándose a su hijo, se limitó a decir:—Más deudas... ¿no? ¡Habla! ¡Dime cuánto!

—Quince mil francos...

—¡Quince mil francos! — repitió, atontada, la madre.

Y la pobre viejecita, la criada fósil, que la siguió en las horas de penuria y la guió hasta el triunfo, repitió con sonoridades de escándalo:

—¡Qué horror! ¡Quince mil francos!

Sin despegar los labios, sin un reproche, sin una queja, como si aquello fuese una expiación de todas sus pasadas debilidades, Laura fué a su pobre lucha y extrajo de ella un puñado de billetes... los únicos que tenía, y se los dió a su hijo, diciéndole:

—Aquí tienes diez mil francos. No puedo darte el resto hasta la noche en que pedire mi quincena adelantada en el "Crystal-Palace".

Pero ¿no juegues más, hijo mío! Te lo vuelvo...! ¡Mira que me matas...!

Y salió el halbucco de perdón, y su hijo se abrazó a ella, suplicante y lloroso... Laura se estremeció al sentir el contacto de aquellas manos pródigas, y el hierro candente del re-

cuerdo pareció dejar su huella trágica en su piel...

—¡Cómo se parecen tus manos a las de tu padre...! Manos hechas para derrochar tesoros, para atraer la ruina... ¡No juegues, por Dios...! ¡Me dan miedo tus manos!

Y mientras la pobre madre seguía sabiendo su Gólgota en la vida, aquel monstruo, hijo de monstruo, satisfecha su sed de oro, sordo a las súplicas y al dolor, guardaba los billetes amasados con sangre y volvía hacia la vorágine, insensible a todo lo que no fuera vicio y orgía... ¡Era un digno heredero del otro canalla...!

A la misma hora, en uno de los más lujosos hoteles de los Campos Eliseos, se encuentra hospedado con su secretario uno de los más audaces bolsistas de San Francisco, hombre que en pocos años había amasado una fortuna fabulosa.

El venturoso huésped era Jaime Prémont-Solène, hoy hombre ponderado y grave, vuelto a París a los veinte años de ausencia.

Por secreta que pasara su llegada, alguien supo de ella, uno de sus antiguos amigos y compañero de crápula, un vizconde arruinado,

uno de esos seres que se encuentran en todas partes y husmean en todos los rincones de lo que se llama pomposamente "buena sociedad".

Y acudió al hotel y tendió, sonriente, su mano al emigrante afortunado.

— El culavera francés, hecho millonario americano! ¡Cero que a pesar de todo, te dignarás pasar la noche conmigo.

Y el hombre grave y ponderado se aventuró por una vez a echar una cana al aire...

A la puerta del hotel les esperaba un soberbio automóvil...

¡Un 24 Prémont-Soléat! ¿Qué menos para tan gloriosa dinastía? Tu padre, rey del auto en Europa; tú, rey del petróleo en América...

Y a los pocos minutos, ambos amigos se encontraban en el Círculo Internacional, el mismo en que Laura Maresco triunfaba como "vedette" de la canción...

Y cuando más ajeno estaba a aquel encuentro, vio aparecer ante sus ojos, cerca, muy cerca, demasiado cerca, a aquella mujer que le recordaba su pasado de vergüenza, su abandono criminal... Era la sombra de su delito que surgía a través del tiempo, implacable, como un estigma, como la voz de la conciencia que tantas veces oyera sin hacer caso cuan-

do no caía otro petro que el del vicio y el escándalo...

Y huyó de aquella visión de pesadilla, y pretextando una indisposición repentina salió de la sala...

Face a face

El afán de no ser visto por la artista que le evocaba un ayer que él quiso ingratamente olvidar, guió a Jaime a la sala de juego.

Y sin saber por qué, se acercó a las mesas, aquellas mesas cuyo tapete verde le hablaba con voces conocidas de reproche...

Veinte años llevaba Prémont sin tocar una carta. ¡Qué absurda le parecía ahora su antigua fiebre del juego!

Y siguió con curiosidad las idas y venidas de la fortuna y aún tuvo una sonrisa desdénfosa para aquel infeliz que se dejara a una carta toda su fortuna, su honra, el pan de sus hijos, quizá...

De repente, el demonio de la tentación atacó por el flanco su voluntad... ¡Por una vez...! Y ocupando el sitio de un perdidoso, se sentó a recordar tiempos pasados. ¿Habría despertado en su espíritu aquel deseo la vista de Laura, de aquella mujer cuyo destino truncara por uno de aquellos sus caprichos de libertino sin conciencia?

Y apenas sentado, empezó para él una racha de buena suerte... acaso porque ahora no la necesitaba; y en pocos minutos amontonó el dinero de todos los puntos...

Y Jaime Prémont-Solène sonreía burlón a la vista de las desgracias ajenas...

En un rincón de la sala, un jugador veterano enseñaba al bisoño una famosa martingala... con la que él nunca ganó. ¡Pero era infalible!

Y el bisoño, que no era otro que Jaime, el hijo de Laura... el hijo de Prémont, le escuchaba ávido y anhelante, en los ojos la codicia y con la respiración contenida, barajando en la imaginación naipes y fichas...

Y en el otro vértice de aquel triángulo fatídico, en el salón de espectáculos, Laura, que había terminado su número, sorprendió una conversación, que sin saber por qué la heló la sangre en las venas.

Decía una voz:

—¿No saben ustedes? Esta noche han robado de la caja cien fichas de 500 francos. Pero el ladrón caerá pronto, porque las fichas son nuevas...



...empesó para él una noche de buena suerte...

¿Por qué se estremeció la pobre madre y sintió que murmuraba a su oído la voz sarcástica de la tragedia...?

En la sala de juego continuaba la partida... Prémont ganaba, ganaba sin cesar y ya sta-



...un jugador veterano enseñaba al hábito una fisonomía nautingala...

die se atrevía a ponerse frente a él. Era una cosa nunca vista...

De pronto, y cuando la voz metálica del ganancioso, en la que se adivinaba un dejo de burla, preguntaba inútilmente una y otra vez:

—¿No hay quién juegue?

Se oyó una voz juvenil, enronquecida por el desco, que contestaba al reto de la suerte loca:



...sorprendió una conversación...

—¡Banco!

Y abriéndose paso a codazos entre los mirotes, Jaime Maresca llegó a la mesa y ocupó el sitio vacío ante aquel hombre que parecía tener la suerte a su servicio.

—¡El padre y el hijo estaban frente a frente...!

—¿Banco sobre un paño... o sobre dos? — preguntó el viejo, impasible.

Y el mozo, colocando sobre la mesa montañas de billetes y de fichas que iba desentollando nervioso, contestó:

—¡Sobre los dos paños!

Y en el retorcimiento de su rostro, estaba toda su alma en tensión...

Dieron cartas...

Temblaban las manos del jovencuelo cuando alzó los naipes...

—¡Siete...! ¡Siete...! — dijo con voz temblorosa...

Y esceptica y burlam, sonó en sus oídos como una carcajada satánica, la voz del banquero:

—¡Nueve!

Y mientras la raqueta siniestra barría aquel oro que sabe Dios de dónde saliera y cómo llegara a sus manos, los ojos vidriosos de Jaime miraron a aquel hombre siniestro y burlón...

De triunfo y de aversión, respectivamente, encontráronse las miradas de padre e hijo, ignorantes ambos de su axo de sangre...

Entretanto Laura, medio loca de angustia,

abandonaba el Círculo, preguntando al conserje:

—¿Sabe usted si el señor Maresco ha estado en el círculo esta noche?

—El señor Maresco acaba de marcharse... Se quejaba de dolor de cabeza.

Y como si el presentimiento la empujara violentamente, Laura volvió a su casa. Algo en su interior la decía que iba a llegar tarde... que la desgracia la había precedido en su ruta...

VI

¡Salvame!

Con el banco de Jaime había terminado la partida... Prémont entregó en caja las fichas y esperó el cambio en moneda corriente.

Pero al hacer el recuento, los cajeros no pudieron disimular su sorpresa. Las fichas robedas aquella noche estaban entre las ganancias del millonario.

Como allí no le conocían, en un principio las sospechas recayeron sobre él, y como era natural solicitaron su identidad...

Jaime entregó al presidente del círculo su tarjeta y éste leyó:

Jaime Prémont-Salène

—¡El rey del petróleo, el hijo del construc-

tor de *autos*...? ¡Si que la libamos a hacer buena...!

Y todos se deshicieron en excusas. ¿Cómo iba a sospechar de semejante personalidad? Y su mismo antiguo amigo, el que le presentara en el círculo, reía a carcajadas al conocer el error de los directivos.

A las preguntas del presidente, Jaime se limitó a decir:

—Ignoro de dónde proceden estas fichas. Sólo sé que se las he ganado a un joven moreno y muy pálido que hizo banco contra mí.

—¿No será ese chico recién admitido como socio? Me refiero al hijo de la cantante. Le he visto salir a toda peisa... — dijo el conserje.

Una idea brotó en el ánimo del presidente, que volviéndose a Prémont le preguntó disquisitivo:

—A usted le será fácil reconocer a ese jugador. ¿Tiene usted la bondad de acompañarnos a su casa?

Prémont se encogió de hombros y accedió a la súplica, aunque de mala gana, porque empezaba a molestarle aquel asunto fastidioso.

Laura había llegado a su casa, enloquecida... Allí estaba su hijo acurrucado en el pe-

núltimo rincón de la casa, como huyéndose a sí mismo y temblando al menor ruido...

No hacía falta la confesión de su culpa...



—¡Hijo! ¡Hijo! ¿Qué has hecho?

Bastaba verle... Y Laura se acercó a él temblando...

—¡Hijo! ¡Hijo! ¿Qué has hecho? — preguntó, sollozando, la infeliz.

—¡Soy muy desgraciado, mamá...!

Y se arrojó a su cuello, desesperado.

La voz filial vibró en súplicas evocadoras... como aquella noche terrible de Saint-Blaise-de-la-Mer en la obscuridad de la terraza, cerca



—*¡Sálvame, madre mía, sálvame!*

del mar gangoso. "¡Sálvame, Laura, sálvame por tu amor...!"

Y como veinte años atrás, mientras unas manos acariciaban su cuerpo, sus mejillas, la voz... la implacable... la eterna voz del vicio, dijo a su oído:

—*¡Sálvame, madre mía, sálvame...!*

Y también, como antaño, la inconsciencia y el dolor pusieron en sus labios las palabras de consuelo y la súplica tierna... y el sacrificio se engendró como antes en su espíritu:

—*¡Cálmate, mi bien! Yo lo arreglaré todo... Pero márchate en seguida... sal por unos días de París...*

—*¿Dicen ustedes que es hijo de una cantante ese muchacho? ¿De qué cantante? — preguntaba Jaime a sus compañeros en el auto que les llevaba a la casa del ladrón.*

—*Ha debido usted oírle cantar esta noche en el círculo: la Maresco.*

Jaime sintió el golpe en mitad del corazón...

—*Entonces, ¿es a casa de la Maresco adónde vamos...?*

—*Si.*

El impávido rey del petróleo bajó la cabeza, se hundió en el pocho materialmente.

¿Qué iba a hacer?

¿Cuánto daría ahora por ver al presidente del círculo, desistir de su actitud, por borrar todo lo dicho, por no haber jugado...?

Y aun sus manos más de una vez acariciaron la cartera repleta de billetes de banco, dispuesto a comprar el silencio de aquellas gentes costase lo que costase...

No tuvo tiempo... Habían llegado a la ca-

sa. Dos de aquellos hombres llegaron a la puerta, llamaron y preguntaron al criado que salió a abrir:

—¿Vive aquí el señor Maresco?

—Sí, señores.

—Dígame que dos amigos quieren verle para un asunto urgente...

Prémont se había quedado atrás con el presidente al que decía, intentando parar el golpe:

—Realmente, esta acción mía es indigna de un caballero... Sin contar con que también he podido engañarme...

Pero el presidente no le oía. Aquel hombre quería recuperar su dinero a toda costa y no reparaba en cuestiones de dignidad... aparte de que él también tenía sus dudas sobre Maresco...

Y llegaron a la casa...

La anciana criada fué a prevenir a Jaime... El muchacho la oyó temblando cuando le dijo:

—Dos amigos quieren ver a usted para un asunto urgente, señorito...

Vaciló Jaime un momento, pero, ¿qué podía hacer...?

Y acudió a su encuentro y en el momento de penetrar en el salón, aquellos dos hombres que eran dos policías del casino, le sujetaron por los brazos a tiempo que Prémont y el

presidente hacían su aparición en la estancia. Entonces uno de los dos esbirros preguntó al mozalbete:

—¿Es aquel el señor contra quien ha jugado usted y perdido un banco esta noche?

—Sí... — contestó el infeliz con la cabeza. Estaba anonadado y el miedo le quitaba hasta la facultad de hablar...

Sus guardianes preguntaron entonces a Prémont:

—¿Reconoce usted en este joven al jugador de esta noche?

Jaime estaba confuso, avergonzado y además entraba por mucho en su ánimo el temor a las consecuencias de aquel acto... Fuese como fuese ¿iba él a denunciar al hijo de aquella que todo lo sacrificó por él? ¿No había sido él mismo aun más criminal que el muchacho? ¿Porque él era un hombre cuando robó y su víctima era una débil mujer... y le amaba...!

Y fingiendo una indiferencia que no sentía, contestó:

—Le aseguro que no puedo precisar que fuera él. Había tanta gente en torno de la mesa...

Pero su excusa no fué válida... El culpable había confesado y lo arrastraron con ellos fuera de la casa...

Ya iba a seguirles Prémont, cuando una voz que resonó a sus espaldas le hizo detenerse en seco, petrificado...

¡Jaime!

Era Laura, la pobre Laura que había oído voces y acudía en el mismo instante en que se llevaran preso a su hijo querido.

—¡Jaime...! ¿Qué has hecho?

Volvióse él y por unos segundos se miraron cara a cara... mudos... sombríos.

—¿Has acusado a tu propio hijo...!

—¡Y aquel hombre ruin y despreciable, aun añadió el insulto, al abandono, al dolor... a la deshonra...!

—¿Mi hijo...? O el de otro.

Laura se irguió centelleante, colérica, sublime, y avanzando hacia él, rugió indignada:

—¿Que no es tu hijo...? ¡Infame! ¡Mira sus manos, hijas de las tuyas y como las tuyas viciosas, disonadoras, destructoras de la propia y de la ajena dicha!

Jaime hizo un gesto ambiguo y salió de aquella casa...

Y en el coche, con sus compañeros, de regreso al casino, en su mente iba fija, como grabada a fuego, la frase de Laura: "¡sus manos hijas de las tuyas!"

Laura, al verse sola, sintió que algo se re-

belaba en ella. ¡Aquello era demasiado! Abandonarla cobardemente y regresar ahora para privarla de su hijo amado, de lo único suyo que le quedaba en la tierra...!

Y la pobre madre decidió vengarse del padre para salvar al hijo, que, al fin y al cabo, no había cometido más delito que ser hijo de un monstruo...

Entre sus papeles guardaba la carta... aquella carta única que recibiera del huirón de su fortuna y de su dicha...

Julio, 1904.

Querida Laura: Siguiendo tus consejos, me ausento por unos días. Nadie más que tú conoce mi delito; pero tampoco de nadie más que de ti podría esperar la generosa abnegación con que me ayudas a equivocar las sanciones de la ley. No lo olvidaré nunca.

Con toda gratitud,

Jaime

¡En aquella carta estaba su venganza...!

Y con mano segura, Laura, a quien la afrenta recibida daba fuerzas, enmendó la fecha: *Julio, 1924...*

Y en aquellos mismos instantes, su hijo en sus primeras horas de prisionero, sentía llena su alma de las visiones de su pasión insana, de su amarga desventura...

VII

Y por fin se causó el dolor...

A la otra mañana, en el hotel de los Campos Eliseos, Jaime Prémont-Solène recordaba los incidentes de la víspera y no cesaba de acusarse amargamente de lo sucedido...

Reconocía ahora que había hecho mal... Que había sido un ingrato... y más aún, un malvado...

La voz de su secretario vino a sacarle de su abstracción...

—El presidente del Circuito Internacional sube a ver a usted. No sé por qué lo ha dejado pasar el portero.

Jaime se levantó colérico, irritado, pero no tuvo tiempo de retirar la orden, porque en aquel momento se abrió la puerta y entraron

en la habitación el presidente y el vizconde, el amigo que le presentara en el círculo la noche antes.

—Qué pesadez de asunto! — exclamó—. Tendré que dar a ustedes 50.000 francos para que me dejen en paz...

—Sé que es enojoso, señor; pero comprenda que su testimonio es indispensable para la primera indagatoria... El juez nos ha citado y como comprenderá usted...

—¡Ya he dicho que no voy! ¡Estoy harto de impertinencias!

Debes acceder, Jaime — intervino el vizconde —, al menos por mí. Yo te presenté en el círculo y soy el primero a quien molesta esta cuestión.

—¡Buena... sea! Pero acabemos pronto... ¡Estoy hasta arriba de casino, de juego y de fichas de 500 francos...! ¡Ni que se tratara de millones!

En el juzgado de instrucción, tras una noche de insomnio y de desesperación infinita, Jaime Maresca había sido conducido a presencia del juez instructor...

Habiase obstinado ahora en la negativa y miraba a las gentes con rostro huraño, advirtiendo en cada rostro un enemigo...

—¿De modo que fué usted el que robó las cien fichas...?

—¡No, señor...! ¡He dicho que no! — replicaba terco.

—¿Entonces por qué declaró usted, anoche, que reconocía en aquel caballero al que le había ganado el banco en el casino?

—Es verdad, dije eso, pero no que yo hubiese robado las fichas...

—Pero las fichas estaban entre el dinero que usted perdió...

—¿Acaso jugaba yo solo...? ¡He dicho que no he robado!

Y por más que se esforzaba el juez no podía sacar nada en limpio de aquel cerebro atormentado.

En aquel momento llegaba Laura... Apartando con furia a los que trataban de cerrarle el paso, entró en el despacho y se precipitó hacia su hijo a quien acariciaba como la leona que defiende sus cachorros, mirando a los que la rodeaban con aire de desafío...

—¿Qué van a hacer de mi hijo...?

—Señora... Tenga usted en cuenta que... — balbució el juez.

Y Jaime y sus acompañantes, que acababan de llegar, se detuvieron en el umbral, petrificados por aquella escena...

Y la débil mujer sacaba fuerzas de flaqueza

de su infinito amor y continuar su defensa...

—Saldrá de sus manos con un estigma inborrable...! He sufrido por él mucho, he luchado sin descanso para guiarle al bien... ¡Devolvámoslo! Yo lo guardaré mejor que ustedes...

Y se retorcia las manos y en su voz temblaban las lágrimas... Su dolor hubiera conmovido a una fiera y el juez y sus acólitos se sentían ganar por la emoción...

Contra lo natural, nadie se atrevía a hacerla callar, a echarla de allí...

—¡No: él no es culpable...!

—Señora — intervino el juez —. Todo le acusa...

—¡Le digo a usted que no...! ¡Mi hijo es inocente...! ¡Se lo juro...!

Y al ver que una sonrisa escéptica aparecía en el rostro del hombre de ley, curtido ya en aquellas lides, añadió, encarándose con él:

—Si ha robado fué para mí... ¡Soy yo la única culpable...!

Al oírlo, su hijo prorumpió en sollozos desgarradores y ocultó el rostro entre las manos avergonzado...

Por su parte, Jaime Prémont-Solène miraba aquel cuadro con ojos sombríos, baja la cabeza, humillado... ¡Sí: aquella mujer era sincera...! Aquella mujer tenía en la voz el

acento de la verdad... ¡Aquél era su hijo...! Y su hijo era un ladrón... Pero, ¿de qué podía acusarle si, al fin y al cabo, heredara su sangre y su naturaleza y con ella el estigma de sus vicios...?

—El debía salvarle... sí... y le salvaría... ¿Cómo...?

La misma Laura, en un arrebato de indignación, le dió el camino.

Viendo que ni las súplicas ni las lágrimas lograban ablandar el corazón insensible del hombre de ley, exclamó, irguiéndose desafiadora:

—¿No hay compasión? ¿Pues bien, sépanlo ustedes! ¡El ladrón no es mi hijo, es ese hombre!

Y su dedo rígido, como el dedo acusador del Hijo del Hombre, designaba a Jaime Prémont-Solène que la miraba estupefacto, preguntándose adónde quería ir a parar en su justo afán de venganza.

—Voy a probar mi acusación...! —añadió, implacable, Laura.

Y sacando de su bolso un papel ya amarillento por el tiempo, lo tendió al magistrado como cuerpo del delito...

Cogió el juez la carta, intrigado, y empezó a leer.

Aquella era una confesión de culpabilidad

en toda regla... Pero... ¿sería auténtica la declaración...?

Y él y su secretario examinaron detenida-



—*El ladrón no es mi hijo; es ese hombre!*

mente el documento, fijándose en el color, en la fecha... en la firma.

—¡1924! — decía el secretario.

—¡Jaime Prémont-Solène — decía el juez.

—¿No lo entiendo...!

—¡Ni yo!

Por fin, el juez se atrevió a preguntar, dirigiéndose a Jaime:

—¿Es usted Jaime Permont-Solène?

—Sí, señor.

—Señor... usted perdonará... pero mi deber me obliga a preguntarle si reconoce usted ese escrito...

Todas las miradas estaban fijas en aquel hombre... Laura temblaba convulsivamente mientras estrechaba contra su pecho la cabeza atormentada de su hijo... El presidente y el vizconde reían a mandíbula bariante como si les hiciese gracia aquel modo absurdo de acusar al rey del petróleo, al multimillonario famoso, del robo de la ridícula cantidad de cincuenta mil francos...

Jaime, sin contestar, se acercó a la mesa y lentamente, sin apresuramientos, con una calma desesperante, cogió el papel y empezó a leer...

Al ver su letra, la fecha, perfectamente enmendada... lo comprendió todo y se avergonzó por el pasado y por el presente...

Sus ojos, en los que temblaba la primera lágrima sincera que sudara en su vida, su corazón de piedra, miraron fijamente a aquella mujer que sabía idealizar hasta tal punto sus

sentimientos, de amante, de madre... de mujer...

Y con voz firme, tranquilo, sereno, dobló el papel, lo devolvió al juez y después de mirar con aire de reto a cuantos le rodeaban, articuló sílaba a sílaba:

—Este escrito es mío...

Parecía gozarse en el estupor de sus oyentes...

Y letra a letra dejó caer su sentencia:

—Todo eso es cierto. Fui yo quien robó anoche en el círculo cincuenta mil francos en fichas.

El estupor había paralizado todas las lenguas y todas las energías. Nadie se atrevía a moverse en torno de él...

Y entonces, único dueño de la situación, exclamó, paseando una mirada circular por los asistentes de aquella escena singular, y tendiendo las manos hacia el representante de la justicia:

—¿Qué esperan ustedes para prenderme?

Nadie le creía... Ni el juez ni los testigos, y aún estos soltaron la carrajada ante aquel humorismo del rey del petróleo...

—¡Un multimillonario ladrón...! ¡Qué honesta...!

—¡Sólo una persona sabía comprender su ges-

to y se lo agradecía con sus ojos bañados en lágrimas...! ¡Laura Maresco!

¡Qué hermoso está ahora...! ¡Así le hubiera querido siempre! ¡Grande! ¡Noble! ¡Bueno! — pensaba la infeliz.

Pero Jaime habló de nuevo y sacando su talonario de cheques y preparando negligente su estilográfica, dijo:

—No busquen atenuantes, ni vean ningún migma... ¡Yo he robado...! — y sonriendo, escéptico, añadió:

—Pero creo que todo puede conciliarse, retirando la denuncia y... ¡cuánto pongo?

Y al decir esto, se volvió, sonriente, hacia el presidente del casino que no salía de su estupefacción.

Todo se concilió, en efecto, y Jaime Maresco fué devuelto a la tierra maternal.

Al salir del juzgado, Prémont se detuvo un momento en la calle.

Pasaron junto a él el presidente del casino y su amigo el vizconde. Al ir a despedirse de ellos, tendió la mano y estrechó... el varío...

Estaba manchado... era un ladrón...

Jaime se encogió de hombros despectivamente y fué hacia el destino que se había trazado en aquel minuto de prucha...

Epilogo

Laura Maresco y su hijo han llegado a su casa...

La pobre madre no tiene un reproche, para aquel muchacho que pecó por atavismo de raza, inconscientemente, empujado por el otro yo que llevaba disuelto en la sangre...

Este también truncaba su porvenir, porque ahora, después de lo ocurrido, ya no podía volver al Círculo... perdía la contrato y tenía que abrir de nuevo la puerta a la miseria que rondaba implacable bajo sus ventanas...

Laura se dejó caer extenuada en una silla, y mirando fijamente a su hijo le dijo con infinita amargura:

—¡Soy la madre de un ladrón!... Pero yo he hecho cuanto he podido para que te crean bon-

rado... ¿Qué más puedo hacer por ti, hijo mío?

—¡Oh, madre... madre... perdón!

Y aquel infeliz cayó de hinojos ante la mártir y besó sus manos misericordiosas, queriendo beber, en castigo de su crimen, la miel de aquellas lágrimas que él hiciera verter con sus pecados...

De pronto, una idea se fija en su cerebro y cuenta sus labios...

Cuando su madre le dice:

—Si no hubiera sido por aquel hombre...

Exclama alzando hasta ella su mirada:

Pero, ¿quién es ese hombre que se ha acusado de mi delito...?

—¡Tu padre...!

—¡Mí...!

No puede acabar. En la puerta acaba de aparecer Jaime Prémont-Solène. Ya no es el mundano desaprensivo y audaz, con su sonrisa de desdén en los labios, sino el hombre arrepentido del pasado, agobiado por los recuerdos... El hombre que ansía reparar, ya que Dios le concedió vida y medios para ello, todo el mal que supo hacer a aquella pobre mujer que le amó tanto; que le ama aún tanto, que le amará siempre tanto...

Laura vuelve los ojos a él y exclama, humilde y contrita:

—¿A qué vienes, Jaime, si ya pagaste con exceso tu antigua deuda?

—¡No, Laura... no... porque yo aun te debo a ti mucho...!



—¿A qué vienes, Jaime, si ya pagaste con exceso tu antigua deuda?

—¡Yo sí que te debo a ti algo de más valor que la vida! ; La salvación de mi hijo...! ; Mi alma entera te lo agradece y te pide perdón por lo que ha hecho!

Jaimo está avergonzado de sí mismo al comprobar la grandeza de alma de aquella mujer. En circunstancias parecidas, él la abandonó a su destino y se limitó a hablar de gratitud...

—No, Laura, no... No es mi clemencia lo que tú mereces, sino toda mi admiración sincera... Mujer, te sacrificaste a un hombre indigno como yo; madre, te has sacrificado a tu hijo... es decir, a nuestro hijo, a quien he de procurar un mañana espléndido...

Se había roto el hielo que fabricaron los años... Había llegado, por fin, la hora de que aquella pobre mártir, saliera de la cárcel del dolor y gozara las primeras horas de libertad y de alegría de su vida...

Aun oyendo aquellas palabras tan esperadas y que tenían en sus oídos todo el encanto de una música nueva, Laura no se atrevía a creer en la realidad, y mientras estrechaba a su hijo contra su pecho, se creía víctima de un sueño...

Pero, no... aquella vez la realidad era cierta y vinieron a confirmárselo las últimas palabras de Jaime, que acercándose a ella lentamente, la dijo, posando una de sus manos sobre el hombro de su hijo y acariciándola con ternura con la otra:

—Si yo me llevo a Jaime a América... ¿que-

trás acompañarle? Lo pide su conveniencia, lo exige su dicha.

—¿Qué iba a contestar la pobre!...

Alzando sus ojos húmedos de lágrimas, pero éstas de alegría, hacia los ojos de aquel hombre que había sido y era toda su vida, le dijo como en un suspiro:

—¡Si lo queréis... os acompañaré! ¡Acaso fueran necesarios los dos amores a mi completa felicidad...!

Pocos días después, sobre la cubierta de un magnífico trasatlántico que iba rumbo a América, Laura y sus dos amores, aquellos que tan caro le costara conquistar, veía alejarse las tierras de Francia...

Allí quedaba su pasado, aquel pasado de tristezas y dolores... veinte años de angustias infinitas, de humillaciones, de lucha titánica con la miseria y el deshonor...

Bien había ganado aquella felicidad que empezaba a entrever...

Y al pensar así, temblando aún como si fuera a perderlos otra vez, estrechaba contra su pecho los dos amores de su alma...

FIN

Próximo número:

EL VALLE DEL SILENCIO

por ALMA RUBENS, LEW CODY, etc.

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Filmes

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

LEA USTED

la preciosa novela

PLACER, DOLOR Y FELICIDAD

original de la famosa escritora

MILAGROS DE RODIL DE ALBA

DE VENTA EN TODAS PARTES

¡LA NOVELA QUE NO OLVIDARÁ NUNCA!

OSI LGF (DOS)

